

EXPOSICIONES

VISIONÄRE UND VERTRIEBENE/VISIONARIOS Y EXPULSADOS

Tras las huellas austriacas en la arquitectura moderna americana

Exposición Visionäre & Vertriebene 24 de febrero - 14 de abril

Kunsthalle Wien

Director Toni Stoos

Una iniciativa del Bundesministerium

für Wissenschaft und Forschung, Wien

*Ehe ich zu leben angefangen
hatte, stand mir die ganze Welt
offen. Aber als ich zu leben
anfang, war die offene Welt
verwüstet*

Joseph Roth, 1925

Próximamente quizá podamos visitar en Sevilla, procedente de la Kunsthalle de Viena, la que para Austria ha sido la exposición de arquitectura más ambiciosa del año. Ofrece una visión de conjunto de la obra realizada en América por un grupo de arquitectos austriacos emigrados entre 1914 y 1941 a los Estados Unidos, cuyos proyectos marcaron el desarrollo de la arquitectura americana moderna. Por primera vez se ha reunido un enorme volumen de material original: dibujos, muebles, fotografías, maquetas, documentos personales y publicaciones de la época (en total más de 600 objetos) de los que en gran parte hasta ahora no se tenía noticia en Austria.

Para comprender los motivos de esta emigración (en la mayoría de los casos exilio forzoso) resulta indispensable recordar alguna de las grandes transformaciones sufridas por Europa tras la 1ª Guerra Mundial. El Imperio Austro-húngaro, con el ambiente de cálida protección creado por una monarquía casi milenaria, tan espléndidamente reconstruido por Stefan Zweig en su

retrato de aquella sociedad austriaca ciegamente aferrada a la figura del Káiser, desapareció bruscamente con la derrota militar de 1918. De la disolución del Imperio resultó la modesta República Austriaca, que tuvo que luchar por sobrevivir como nación autónoma tras haber perdido su privilegiada situación política y cultural. A "la edad de oro de la seguridad" le sucedió la incertidumbre de la república constitucional y de una nueva nación, "ambedue perceptite come qualcosa di estraneo e di imposto in maniera umiliante dai vincitori". Eran, para el mordaz Karl Kraus, "los últimos días de la humanidad". Aquella burguesía aristocratizante, aquella esperpentizada Kakania de Musil, con su emperador al frente, flotaba como un espejismo en la mente de todos. Todo lo que había venido a componer el mito de Viena formaba de repente parte de otra cara, más sombría, de la vida vienesa. Se necesitaba mucho valor para aceptar esta nueva Austria desgarrada, con el recuerdo aún vivo del fascinante clima cultural que se había vivido en Viena antes de la guerra. Para escritores, músicos, artistas o científicos resultaba difícil encontrar en aquella 1ª República, económicamente débil y políticamente inestable, la posibilidad de desplegar su potencial intelectual. Por otro lado, el espíritu conservador de la

sociedad vienesa se alzaba siempre dispuesto a descalificar airadamente cualquier gesto innovador. La situación fue empeorando hasta el desencañamiento de la 2ª Guerra Mundial. A partir del 33 (subida de Hitler al poder) y sobre todo del 38 (Anschluß con Alemania), mucha gente se vio obligada a abandonar el país. El título dado a la exposición alude a estas dos categorías de emigrados: los "visionarios" de los años veinte, que supieron presentir con admirable intuición el triste destino de Austria, y los "expulsados" por el nazismo, obligados a dejar atrás un mundo que se resquebrajaba a sus pies.

"Me parecía por aquel entonces como si tuviesen cabezas de Jano: la mirada fija, el rostro casi doliente vuelto hacia el pasado, hacia lo que se había dejado atrás hundido, destruido, desfigurado... y que, sin embargo, seguían conservando en lo más íntimo de su ser. Pero tenían también otro rostro: valiente, casi alegre, que miraba al futuro, a la aventura americana, la aventura de una modernidad que se acercaba a su punto culminante, el estilo internacional, con su americana internacionalidad."

La referencia de América había llegado a los artistas austriacos por varias vías. El entusiasmo de Loos, que de 1893 a 1896 había vivido en los EEUU, resultó una eficaz propaganda en el ambiente

vienes de aquellos años. Berlage publicó en 1912 un artículo en el que se describían los últimos proyectos de Sullivan y Wright, primera reflexión europea importante sobre América. Pero, sobre todo, con la aparición en Berlín del primer compendio de la obra de F. L. Wright se estimuló decisivamente el desarrollo de la modernidad en Europa. El propio Otto Wagner, padre espiritual de los estudiantes vieneses de 1894 a 1914, quedó deslumbrado. Para arquitectos como Schindler o Neutra se convirtió en una verdadera revelación. La extraordinaria capacidad que ambos mostraron para captar las novedades conceptuales de Wright con tanta lucidez y para elaborar a partir de ellas una versión personal, debe mucho sin duda al importante germen que la Wagnerschule había sembrado en los arquitectos vieneses.

El espacio cultural angloamericano, en especial hasta la crisis del 29, no sólo ofrecía a las vanguardias europeas una fuente inagotable de estímulo, sino que constituía un campo esperanzador en el que proyectar una serie de visiones arquitectónicas cuya realización en Europa era entonces impensable. Basta pensar en los destinos tan diferentes seguidos por Schindler y Loos, por ejemplo. Schindler cristalizó en su casa-estudio en North Kings Road de Los Angeles el espíritu pionero de la costa oeste, el estilo de vida del "California dream". Construida con los medios más baratos y elementales representa un verdadero manifiesto revolucionario, un programa al que logró dar vida. En el mismo año, 1921, y siguiendo un principio parecido de sencilla sinergia entre casa y jardín, patentaba Loos en Viena su sistema de "casa con un muro". Nunca llegó a desarrollarse.

Más difícil lo tuvieron los exiliados de 1938, particularmente aquellos arquitectos vieneses representantes de una posición crítica frente al

racionalismo dogmático, que, a pesar del impulso que la International Exhibition of Modern Architecture de Johnson y Hitchcock había dado a la modernidad europea en 1932, no consiguieron abrirse camino en esta escena.

Seguramente, el haber tenido oportunidad de constatar cómo una parte esencial de la modernidad austriaca se produjo fuera del país ha contribuido a satisfacer otro de los objetivos de la exposición, el de superar ciertos clichés consolidados, como el de que la aportación austriaca al Movimiento Moderno se limita al Jugendstil y a la versión aislada "Kunst aus dem Bauch" del expresionismo. Sin embargo, la catástrofe cultural que supuso para Austria la pérdida de prácticamente todo su potencial arquitectónico intelectual dejó un vacío que impidió - y esto lo señalaba con mucho acierto el Prof. F. Achleitner, nuestro Carlos Sambricio vienés - no sólo ya el avance del Movimiento Moderno, sino el que se desarrollara una crítica avanzada a la modernidad. Esta laguna, lamentablemente, no puede quedar salvada con la obra americana de los arquitectos en el exilio.

La exposición sigue con admirable minuciosidad, y una no disimulada simpatía también, las huellas de aquellos cuyo talento prometedor, visión de futuro, ideas o esfuerzo personal no se vieron acompañados por la fortuna. Imposible mencionar aquí a todos ellos. Las escenografías de Urban, cosmopolitas y extravagantes, la poesía espacial de Schindler, extraordinaria heredera del Raumplan loosiano, la sensibilidad paisajística de Neutra, la capacidad de Kiesler de fundir arte y vida en un solo concepto, la afinada crítica cultural de Rudofsky, los atrevidísimos encofrados de Tedesko o los legendarios centros comerciales de Gruen merecen mucho más que un apresurado comentario. Quizá tengamos ocasión de ello en el futuro. Y si no, su elocuente arquitectura se encargará de hablar por sí misma, en Sevilla...

Carmen Díez Medina

ESPAÑA DE ORIENTE A OCCIDENTE Arquitectura de representación

Palacio Municipal de Congresos. Madrid.
Hasta el 17 de diciembre de 1995.

Con este título se expone estos días en Madrid una muestra que recoge fotografías, maquetas de volumen y detalle y dibujos originales de algunas de las legaciones españolas.

La idea inicial fue propuesta por María Luisa López Sardá a la Fundación Cultural del COAM hace ya tres años. Desde entonces, actuando como comisaria de la exposición, contagió su entusiasmo a la fundación, a los arquitectos seleccionados y a las instituciones que debían colaborar: el Ministerio de Asuntos Exteriores y el de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente.

El interés fundamental radicaba en la excelente arquitectura que España construyó en el extranjero en los últimos años, gracias a la afortunada elección de nuestros colegas

más prestigiosos para realizar nuestras delegaciones diplomáticas. Con ella, la imagen de España pasaba a estar representada por una arquitectura moderna de primera categoría internacional. Mostrar esta arquitectura es lo que al principio se propusieron la comisaria y la Fundación. El paso del tiempo, los cambios ministeriales y los consiguientes en la opinión de los funcionarios responsables fueron paulatinamente desvirtuando la idea inicial, hasta concluir en una muestra de la arquitectura de Representación en un sentido convencional.

Aun con las limitaciones comentadas, que en varios momentos pusieron en peligro la propia exposición, lo que puede contemplarse finalmente en el Palacio del Parque Ferial de Congresos de Madrid hasta

enero sirve para hacerse una idea suficiente de la importante aportación cultural realizada por los arquitectos españoles (Sota, Oiza, Carvajal, Campo, Casas, Cano, Corrales, entre otros) al patrimonio público y al prestigio nacional.

El inteligente y sobrio montaje de Juan Pablo Rodríguez Frade resalta la racionalidad en un espacio inhóspito y desmesurado, aislando discretamente lo expuesto. El catálogo asume con desparpajo y eficacia el difícil cometido de informar sin hacerlo (razones de seguridad impiden mostrar documentos arquitectónicos imprescindibles para el conocimiento de los edificios seleccionados). Todo parecido con la realidad no es pura coincidencia gracias al trabajo de la comisaria, del autor del montaje y de José María Fernández Isla, que controló la publicación. Vale la pena acercarse a ver la muestra. Al visitante le sugiero la comparación, no por obvia menos contundente, entre el capitel de Oiza y los que "enfatan" el edificio del palacio en el que se exhibe la exposición.

Miguel Ángel Baldellou



Friedrich Kiesler en 1926 a su llegada al Puerto de Nueva York (Archivo F.K., Nueva York).